

Timoteo
Siervo de Jesucristo
Autor: G. André

Timoteo era un discípulo de quien daban buen testimonio los hermanos de su propia asamblea y los de la región. Se habían dado profecías en cuanto al don de gracia que Dios le impartiría (1 Timoteo 1:18; 4:14). Él había recibido este don de gracia, más concretamente de pastor y maestro. Timoteo fue un fiel compañero del apóstol Pablo. ¿Habría mejor preparación para un joven llamado al servicio del Señor que acompañar a un siervo de más edad? Aprenderá cómo conviene comportarse, cómo actuar o no actuar; participará de los ejercicios que se encuentran en toda obra para el Señor.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Prólogo	3
La infancia y la juventud	4
La familia	4
La conversión	5
El llamamiento	6
El servicio	9
Con Pablo	9
El enviado del apóstol	10
Procura venir pronto (2 Timoteo 4:9-16, 22)	12
Guardar la fe	14
El abandono de la fe	14
¿Cómo guardar la fe?	17
Guardar	18
La conducta	20
La piedad	20
Huye y sigue	21
Ser un ejemplo	22
Los recursos	23
El ministerio	25
La enseñanza	25
El servicio pastoral	27
Las dificultades en el servicio	28
La corona	30
El aprecio de Pablo por Timoteo	32
Apéndice	34

Prólogo

En la Palabra no poseemos un texto continuo sobre la vida de Timoteo, como sí lo tenemos sobre David, José, Daniel y otros. Tampoco ocupa un largo espacio en el Nuevo Testamento, donde es mencionado veinticuatro veces en el libro de los Hechos y once en las epístolas, de las cuales dos van dirigidas a él. En seis Pablo lo asocia en la suscripción de las mismas (no es el caso en la epístola a los Romanos, a los Gálatas y a los Efesios en las cuales Pablo está solo con toda la autoridad de un apóstol, y la de Tito con un carácter personal).

Debemos recurrir a diversos pasajes para considerar lo que la Palabra nos dice de este hombre de Dios, quien siempre es para nosotros un ejemplo notable de la manera en que el Señor llama y forma a un siervo, y luego lo emplea para el bien de los suyos.

La infancia y la juventud

Leer previamente Hechos 16:1-3; 2 Timoteo 1:5; 3:14-15

La familia

Nos es dicho claramente que la madre de Timoteo, Eunice, era una “judía creyente”. La misma “fe no fingida” ya habitaba en su abuela Loida. Dos mujeres criadas en el judaísmo, las cuales tenían la misma fe en Dios que Pablo, quien servía a Dios desde sus “mayores” (2 Timoteo 1:3), es decir, la fe de un judío piadoso según las Escrituras del Antiguo Testamento.

El padre de Timoteo, por el contrario, era griego; al no haber ningún comentario acerca de él, en contraste con la madre “creyente”, bien podemos pensar que él no tenía la misma fe que su esposa. Su hijo no había sido, pues, circuncidado.

He aquí una familia dividida: una madre piadosa y un padre por lo menos indiferente. ¿Cómo pudo Eunice llegar a casarse con un hombre de las naciones, en clara contradicción con la ley que ella conocía bien? La Palabra no nos dice nada sobre este asunto, pero el problema estaba ahí, como también lo está en muchas familias hoy en día.

Una situación semejante puede provenir de la conversión de uno de los cónyuges después del casamiento, en tanto que el otro permanece alejado de la fe cristiana. También resulta de un matrimonio –por supuesto, contrario a la Palabra según 2 Corintios 6:14-15– en el cual un hijo o hija de Dios se casa con un incrédulo. Lo mismo sucede cuando un creyente se une a una persona que aparentemente profesa la fe cristiana pero que luego se enfría: su fe no era real, o solamente había recibido una educación cristiana, o bien el enemigo ha logrado desviarla, al menos por un tiempo.

¡Cuán difícil es, en tales casos, criar a los hijos en el temor del Señor, en la disciplina y amonestación del Señor (Efesios 6:4)! Esta situación dolorosa la padecen muchas madres cristianas, a las cuales sin embargo Dios puede proveer, como lo hizo para Timoteo. Eunice no se dejó detener por su marido en la educación de su hijo. “Desde la niñez” este joven conoció las Sagradas Escrituras. Sin duda Eunice puso en práctica la exhortación dada a los hijos de Israel:

“ Estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos (Deuteronomio 6:6-9).

Ella debió aceptar que su hijo no fuera circuncidado, pero en cuanto a la enseñanza de la Palabra de Dios, ella misma se encargó de hacerlo.

Pero para que el hijo naciera a la vida divina se necesitaba más: una obra de Dios y la fe personal.

La conversión

Que el trabajo de Dios se haya hecho en Timoteo es una consecuencia de 2 Timoteo 3:14-15: desde la infancia había “conocido” las Sagradas Escrituras, las cuales tenían el poder de hacerlo sabio para la salvación mediante “la fe que es en Cristo Jesús”. Luego había “aprendido”, quizás de la misma boca de Pablo, todo lo concerniente al Evangelio y a las verdades relacionadas con él. En una palabra, había sido plenamente persuadido. Aprender no es suficiente, por indispensable que sea. También es necesaria una convicción íntima y personal, la cual solo puede estar basada sobre la Palabra de Dios, volviendo continuamente a la fuente, fundamento de toda seguridad, bajo la enseñanza del Espíritu de Dios.

Podemos, pues, discernir cuatro etapas en el desarrollo de una vida cristiana:

- El **conocimiento** de las Escrituras adquirido en la familia cristiana, en la escuela dominical, en las reuniones;
- La **fe** que afirma que Dios es veraz, que recibe su Palabra en la conciencia y en el corazón, y que se apega a la persona del Señor Jesús, único Salvador.
- El **crecimiento** en las cosas de Dios, ¿cómo obtenerlo si se olvidan de la importancia de estudiar la Palabra y asistir a las reuniones? Aprovechamos el ministerio oral, sin olvidar el ministerio escrito, que se halla a nuestra disposición, al cual un joven debería consagrar al menos un momento regular cada día.
- La **convicción personal**. Esta no es la consecuencia solamente de lo que hemos conocido o aprendido bajo la influencia de otro, sino que es operada por la gracia y por el Espíritu de Dios, cuando consideramos de cerca las verdades de la Palabra:

“ Considera lo que digo, y el Señor te dé entendimiento en todo
(2 Timoteo 2:7).

¿Cuándo se operó este trabajo de la gracia en Timoteo?

Durante el segundo viaje de Pablo, a su llegada a Derbe y a Listra, “había allí cierto discípulo llamado Timoteo”. Él no solo era un hijo de Dios, sino un discípulo conocido como tal. Los hermanos de la región daban buen testimonio de él. Su conversión había sido, pues, anterior.

Durante su primer viaje Pablo había pasado a Iconio, a Listra y a Derbe (Hechos 14). Una gran multitud de judíos y griegos había creído. Él mismo y Bernabé habían sido dolorosamente perseguidos, persecución tal que al final de su vida Pablo todavía guardaba un doloroso recuerdo. Así escribió a Timoteo: Tú

“ Has conocido perfectamente... mis persecuciones, mis padecimientos: sabes cuales cosas me sucedieron en Antioquía, en Iconio, en Listra; qué persecuciones sufrí
(2 Timoteo 3:10-11, V. M.).

Estos versículos nos muestran que Timoteo debió ser testigo de esas terribles persecuciones. Se dio cuenta de que estas no se dirigían a un malhechor, o a un político que se levantaba contra la ocupación romana, sino que eran debidas a la fe del apóstol (comparar con Filipenses 1:13). Con motivo de esa primera visita de Pablo por su región, el hijo de Eunice fue seguramente puesto en contacto con el Evangelio. Pudo ver de cerca las consecuencias de acompañarlo públicamente. Tal vez estuvo entre aquellos discípulos que rodearon a Pablo después de haber sido lapidado (Hechos 14:20). Después de una breve ausencia, Pablo y Bernabé volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, “confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (v. 22).

Entre estos dos pasajes de Pablo por Listra y su segundo viaje transcurrieron alrededor de cuatro años. Antes del primer viaje, Timoteo y su familia sin duda no conocían el Evangelio, pero en el segundo viaje de Pablo, Timoteo era un discípulo del que se tenía un buen testimonio. Las persecuciones de las cuales había sido testigo marcaron su carácter, como también lo animaron a perseverar “en la fe” (v. 22). Perseverar a pesar de los sufrimientos es lo que destaca del ejemplo del apóstol y de sus exhortaciones a su querido discípulo.

Para permanecer fiel es necesario el poder de Dios, en respuesta a la oración: “Habiendo orado con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído” (v. 23).

El llamamiento

Según Hechos 16:3, con motivo del segundo viaje de Pablo, Timoteo entró en el servicio activo para el cual había sido preparado.

Timoteo era un “discípulo” de quien “daban buen testimonio” los hermanos de su propia asamblea y los de la región (v. 2). Se habían dado “profecías” en cuanto al don de gracia que Dios le impartiría (1 Timoteo 1:18; 4:14). Él había recibido este don de gracia, más concretamente de pastor y maestro. Los ancianos de su región estaban seguros de ello y le habían manifestado su comunión mediante la imposición de las manos. Pablo mismo recuerda haber hecho otro tanto (2 Timoteo 1:6), pues apoyaba a su joven compañero.

El nacimiento a la vida divina por la fe, el desarrollo de esta vida mediante el apego a las Escrituras, el testimonio práctico de la conducta que los demás pueden ver en nosotros, el don de gracia de Dios, confirmado por la comunión que los hermanos con discernimiento pueden dar son la base de todo servicio.

¡Conociendo estos antecedentes, Pablo “quiso” que Timoteo fuera con él! En el apóstol había, sin duda, una agudeza espiritual que pocos hombres han poseído; sin embargo, el ánimo que los hermanos de más edad han podido dar a los jóvenes al principio de su servicio para el Señor, con frecuencia ha sido decisivo para su carrera cristiana. “No impongas con ligereza las manos a ninguno”, escribió el apóstol a Timoteo (1 Timoteo 5:22). Pero cuando la vida de Dios lleva su fruto, cuando el testimonio práctico responde a lo que uno ha recibido, y el Señor manifiesta que ha llamado a un joven a servirle, entonces sería propio, como lo hizo el apóstol, con discernimiento, animarlo, sostenerlo y serle de ayuda.

Pablo, “tomándole”, lo llevó con él. Parece que hubo como un desgarramiento. Tal vez hubo alguna vacilación de parte de su familia: una madre, por piadosa que sea, no se separa tan fácilmente de su hijo para verlo partir lejos en circunstancias difíciles. El propio Timoteo, ¿temía comprometerse en una senda donde encontraría sufrimientos y oposición, peligros y pruebas? Fuera lo que fuera, la decisión de Pablo influyó en la de su compañero.

Sin embargo, antes de partir, Pablo “lo circuncidó”; medida un poco extraña de parte del apóstol. En efecto, para los judíos, él no podía estar circuncidado, pues su padre era griego (ver Esdras 9 y 10; Nehemías 13:23-31). Bajo la ley, el hijo de un matrimonio mixto era impuro. Bajo la gracia sucede lo contrario: si uno de los dos cónyuges es creyente (1 Corintios 7:14), los hijos son “santos”, es decir, puestos aparte, separados para Dios, beneficiarios de los privilegios del ambiente cristiano (esto no es una excusa para casarse con un incrédulo). Desde el punto de vista judío era, pues, ilegal circuncidar a Timoteo. Desde el punto de vista cristiano era hacer exactamente lo opuesto al mandato del apóstol a los gálatas:

“ He aquí, yo Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo
(Gálatas 5:2).

¿Por qué, pues, circuncidó a Timoteo? No para darle un mérito, como lo buscaban los gálatas, sino “por causa de los judíos que había en aquellos lugares” (Hechos 16:3). Este es un ejemplo de la condescendencia del apóstol para “ganar” el mayor número de personas (1 Corintios 9:20 y siguientes). Para los judíos, se hacía como judío; para los que estaban bajo la ley, como si él mismo estuviera bajo la ley, sin estarlo en realidad.

Para Timoteo era una prueba dolorosa y humillante (ver Génesis 34:25), como un precio a pagar para introducirse en el servicio. Sin duda a nosotros nunca se nos pedirá lo mismo, pero siempre habrá algo que nos cueste: renunciar a diversas cosas, incluso a algunas que aparentemente son buenas; la incompreensión del entorno o de amigos queridos; el aislamiento espiritual según los lugares a donde el Señor nos envíe; renunciamiento a una profesión amada; pérdida de consideración en ciertos medios, etc. Sin duda los llamamientos son muy diversos, e igualmente los renunciamientos. Muchos servicios se cumplen en el marco ordinario de la vida. Sin embargo, siempre será actual esta palabra de Jesús: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Mateo 16:24). “El que ama su vida, la perderá... Si alguno me sirve, sígame” (Juan 12:25-26). No es por nada que el apóstol repite a Timoteo:

“ Participa de las aflicciones
(2 Timoteo 1:8; 2:3).

De modo que Pablo, Silas y Timoteo partieron. El joven aprendió ese servicio itinerante, agotador y peligroso, que los llevó de Licaonia a Frigia, Galacia, Misia, Troas, luego a Macedonia, donde el Evangelio penetró por primera vez en Europa.

El servicio

El servicio confiado a Timoteo, tal como está relatado en los Hechos y en las epístolas, reviste dos aspectos:

- Se cumplió en compañía de Pablo, según el deseo del apóstol, quien quiso que Timoteo fuera con él en varios de sus viajes (Hechos 16:3). El apóstol también lo asocia a él para escribir seis de sus epístolas.
- En otras ocasiones el joven Timoteo fue delegado por Pablo para realizar, a menudo con otro compañero, una misión particular en una asamblea o región.

Con Pablo

¿Habría mejor preparación para un joven llamado al servicio del Señor que acompañar a un siervo de más edad? Aprenderá cómo conviene comportarse, cómo actuar o no actuar; participará de los ejercicios que se encuentran en toda obra para el Señor.

De la misma manera el joven Eliseo acompañó en otro tiempo a Elías; “le servía” (1 Reyes 19:21), y “echaba agua sobre las manos de Elías” (2 Reyes 3:11, V. M.). El día en que su amo fue llevado al cielo en un carro de fuego, él recibió una doble porción del espíritu que reposaba sobre Elías y vino a ser igualmente un profeta. Directamente responsable ante Dios, fue de bendición para el pueblo.

En el Nuevo Testamento, frecuentemente los siervos son enviados al menos de dos en dos. Cuando el Señor llamó a los doce en Marcos 3:14, antes de enviarlos a predicar el Evangelio y a sanar enfermos, primeramente los estableció “para que estuviesen con él”. Más tarde salieron de dos en dos predicando el arrepentimiento y haciendo diversos milagros (Marcos 6:7-13).

En Hechos 8:14 los apóstoles enviaron a Pedro y Juan a Samaria. Inicialmente Bernabé fue solo a Antioquía (Hechos 11:22), pero luego fue a Tarso en busca de Saulo; y juntos, durante todo un año, enseñaron en la asamblea.

A lo largo de sus diversos viajes, Pablo casi siempre estuvo acompañado por uno o varios hermanos. Así se llevó a Timoteo, queriendo que “este fuese con él” (Hechos 16:3). El joven discípulo acompañaría al apóstol en diversas provincias de Asia, luego en Macedonia, Filipos, Tesalónica, Berea (Hechos 17:14). Más tarde se reunió con Pablo en Corinto (cap. 18:5), donde cumplió un ministerio paralelo al del apóstol (2 Corintios 1:19). Parece que no fue con Pablo en su regreso a

Jerusalén (Hechos 18:21); pero en el curso de su tercer viaje volvemos a verlo en Éfeso, en donde Pablo había pasado más de dos años. Era expresamente uno “de los que le ayudaban” (Hechos 19:22).

Después de haber visitado nuevamente Macedonia y Grecia, Pablo emprendió el último viaje hacia Jerusalén. Timoteo estaba entre sus compañeros (Hechos 20:4). Nada más es dicho de él, hasta que lo hallamos nuevamente en Roma con el apóstol, a quien se une en la suscripción de sus epístolas de la cautividad (excepto Efesios); en Filipenses 2:19 se ve claramente que Timoteo estaba cerca de su padre espiritual. En cierto momento estuvo prisionero (Hebreos 13:23). Ignoramos si fue simultáneamente con Pablo en Roma o en otra ocasión.

Primeramente hubo un período de formación, luego, como veremos a continuación, diversas «delegaciones» entre las cuales Timoteo se halla de nuevo al lado del apóstol, sirviéndole, aprendiendo de él, para luego transmitir a otros lo que así había aprendido (2 Timoteo 2:1-2).

El enviado del apóstol

Sin duda Pablo poseía una autoridad apostólica de la cual estaba revestido, ¿pero podía por ello «ordenar» a sus compañeros tal o cual servicio o misión, o confiarles tareas con frecuencia delicadas? En cuanto a nosotros, no nos corresponde dirigir u ordenar siervos, ya que dependen directamente de su Maestro, hacia el cual son responsables. Sin embargo, el ejemplo de Pablo tiene un alcance para nosotros; imitando muy por debajo de lo que conviene la práctica del apóstol, puede ser oportuno indicar tal servicio a un joven, o mostrar una necesidad, para que un ejercicio apropiado sea producido en la dependencia del Señor; si Dios lo confirma directamente a su servidor, este podrá andar por el camino indicado, sin que ninguna presión sea ejercida sobre él.

“ En el libro de los Hechos y en las epístolas encontramos por lo menos cuatro ocasiones en las que Pablo confía a su joven compañero un servicio particular.

Silas y Timoteo se habían quedado en Berea; ellos recibieron la orden de reunirse con el apóstol (Hechos 17:15). Pero 1 Tesalonicenses 3:2 relata que Pablo deseaba, tal vez por un intermediario, enviar a Timoteo a Tesalónica. Los nuevos convertidos de esta ciudad estaban expuestos a diversas persecuciones, y Pablo estaba preocupado por su fe. Misión feliz para Timoteo ir a los tesalonicenses tan llenos de frescura; pero él hubiera podido dudar de sí mismo, o vacilar en cuanto a ir a un lugar donde reinaba una persecución particularmente cruel. No vemos en él ninguna indecisión; y cuando con Silas se reunió con el apóstol en Corinto (Hechos 18:5), trayendo las buenas

nuevas de la fe y del amor de los tesalonicenses, todo era hermoso y consolador para Pablo y sus compañeros. ¿Llevaba Timoteo también una ofrenda de las asambleas, lo cual permitía a Pablo consagrar todo su tiempo a la Palabra? (comparar con 2 Corintios 11:8). Podríamos inferirlo por el hecho de que después del regreso de Silas y Timoteo, Pablo, que ya no estaba obligado a hacer tiendas, pudo estar absorto en la Palabra y durante un año y seis meses consagrarse enteramente a la obra del Señor en esta ciudad.

En Corinto

En el pasaje de Hechos 19:22 vemos que Timoteo estaba en Efeso. De allí Pablo lo envió a Macedonia con Erasto. Según 1 Corintios 4:17 y 16:10, Timoteo debía, entre otras cosas, ir a Corinto. Misión bien difícil en una asamblea imbuida de sus privilegios, llena de disensiones y desórdenes, de mal moral y disputas, sin hablar de los errores doctrinales. Podemos comprender que Timoteo tuviese temor. Pablo debió recomendarlo especialmente a los corintios: “Él hace la obra del Señor así como yo”. En su segunda epístola a los corintios, Pablo se asocia a Timoteo. Acababa de recibir en Macedonia mejores noticias de Corinto por medio de Tito (2 Corintios 7:6, 13-15).

En Filipos

En Filipenses 2:19-24 encontramos una tercera delegación de Pablo a Timoteo. Este se encontraría con Epafras en Filipos, misión ciertamente más fácil que en Corinto: llevar a los filipenses noticias de Pablo e informar a Pablo del estado de sus “asuntos”. Qué hermoso testimonio dio Pablo de Timoteo en esta ocasión: “A ninguno tengo del mismo ánimo, y que tan sinceramente se interese por vosotros”. ¿No nos gustaría tener también esta sincera solicitud, especialmente hacia los siervos del Señor que se hallan lejos, que frecuentemente pasan por circunstancias difíciles, en su familia, en su salud, como también en su servicio? Las noticias precisas y recientes permiten orar por ellos más inteligentemente y testificarles este cuidado no solamente en el ámbito material, sino mediante el interés afectuoso, la correspondencia o cualquier otro medio a través del cual el Señor nos permita hacerlo.

En Efeso

Finalmente, en 1 Timoteo 1:3, el apóstol confía un servicio particular a su amado hijo, esta vez en Efeso, donde Timoteo debía quedarse. Pablo esperaba reunirse con él allí más tarde (1 Timoteo 3:14).

Solo conocemos aproximadamente la continuación de estos sucesos. Después de dos años de prisión, Pablo habría sido liberado. Entre los años 63 y 66 recorrió nuevamente el Oriente Próximo, visitando diversas asambleas. En la segunda mitad del año 66, al principio de las persecuciones por Nerón, habría sido detenido, probablemente en presencia de Timoteo, pues el apóstol recuerda las lágrimas que este derramó, sin duda en esta ocasión (2 Timoteo 1:4).

Pablo, llevado a Roma, sufrió un segundo encarcelamiento mucho más duro que el primero. Su compañero aparentemente permaneció en Efeso, como podemos pensarlo por el pasaje de 2 Timoteo 1:18, sin que se pueda afirmar absolutamente.

Dieciséis años habían transcurrido desde que el apóstol quiso que Timoteo fuera con él. Años de comunión en los cuales el joven aprendió en la escuela del apóstol; años cargados de responsabilidades, durante los cuales realizaba diferentes oficios, relativamente fáciles en Tesalónica y Filipos, en el gozo y la comunión con los creyentes; bien delicados y difíciles en Corinto, a donde fue con tanto temor; particularmente arduos en Efeso, en una asamblea que poco a poco abandonaba su primer amor, y donde se introducían muchos errores y dificultades.

Procura venir pronto (2 Timoteo 4:9-16, 22)

El apóstol ya era un “anciano” y estaba solo; la mayoría de sus compañeros de milicia se habían ido a diversos lugares para cumplir la obra del Señor. Uno de ellos lo había abandonado, “amando este mundo”. En su primera defensa nadie estuvo con él; ninguno quiso arriesgarse a ser testigo de descargo ante el tribunal imperial. Alejandro mostró mucha maldad hacia el apóstol. Cuando Onesíforo fue de Efeso a Roma para visitar a Pablo, tuvo que buscarlo diligentemente, lo que parece indicar que en ese momento, en la asamblea de Roma, no se sabía dónde se hallaba el apóstol o no se quería saberlo. Para preservar al anciano del frío del invierno, Timoteo debía llevarle, desde la lejana Troas, el abrigo que había dejado en casa de Carpo. ¿Por qué nadie en la asamblea de Roma podía proveerle uno?

Comprendemos el profundo deseo de Pablo de ver una vez más a su querido hijo y la doble exhortación a apresurarse a ir pronto a verlo, antes del invierno. No sabemos si Timoteo pudo volver a ver a su padre en la fe; la Palabra no nos dice nada sobre este asunto. Tampoco nos relata el martirio del apóstol, ni el de Pedro y el de Juan. Solo por razones muy especiales, la lapidación de Esteban es mencionada en detalle, y de paso, el final de Santiago. Una sola muerte domina todo el Nuevo Testamento:

“ La del Señor Jesús; solo ella debe ser siempre, en toda su grandeza, el objeto de nuestra adoración.

¡No se veneran las reliquias o los lugares especiales! Se nos oculta a Pedro que deja la casa de María y se va; a Pablo solitario en la prisión; a Timoteo que deseaba tanto reunirse nuevamente con su padre espiritual, sin saber si podría hacerlo. Si los hombres hubieran compuesto la Biblia, ¡qué hermosa escena hubiera podido ser descrita sobre Timoteo reencontrándose con Pablo, pasando con él los últimos momentos de vida del viejo apóstol en esta tierra, conducido por la vía de Ostia para ser decapitado. Conocemos este último hecho por la historia, pero la Palabra misma ha querido guardar silencio sobre este asunto, a fin de que solo Cristo permanezca ante nuestros ojos.

Pero, ¡qué testimonio subsiste de aquel que, conducido por el Espíritu de Dios, se llama a sí mismo siervo de Jesucristo... “predicador y apóstol... maestro de los gentiles en fe y verdad” (1 Timoteo 2:7)! Cuando seguimos a Cristo, lo vemos caminar a la cabeza como Jefe y consumidor de la fe. Detrás de él vienen aquellos que nos son presentados como ejemplo, a los cuales somos llamados a imitar (Filipenses 3:17), por ejemplo Pablo, Timoteo... ¿Olvidaremos a los que hemos conocido, y para quienes el Señor Jesucristo fue el gran objeto de su corazón?

“ Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la Palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe (Hebreos 13:7).

Guardar la fe

En diversas porciones del Nuevo Testamento, y muy especialmente en la epístola a Timoteo, la “fe” tiene un doble sentido.

Primeramente es el hecho de creer. Como se ha dicho, es la «adhesión de todo el hombre» a la revelación divina: “La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17). Sin duda es necesaria la inteligencia, el corazón, el sentimiento y también la voluntad: “El que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Apocalipsis 22:17). Respecto al caminar del creyente,

“ Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción (persuasión interior) de lo que no se ve (Hebreos 11:1).

Pero “la fe” también significa todo lo que se cree: toda la revelación de Dios, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, centrada en Cristo; el conjunto de doctrinas que se relacionan con Él mismo; el conjunto de las benditas verdades confiadas a los fieles.

Así, cuando en 2 Timoteo 1:5 el apóstol habla de “la fe no fingida”, la fe es el hecho de creer. Por el contrario, estar “nutrido con las palabras de la fe y de la buena doctrina” (1 Timoteo 4:6) abarca el conjunto de la revelación que Dios nos ha dado, pero las dos expresiones están enlazadas íntimamente. No siempre podemos distinguir si tal texto apunta a la acción de creer o al objeto de la fe. En efecto, ¿qué es lo que la fe recibe, si no es la revelación divina? Las enseñanzas de la Palabra pueden ser consideradas con gran cuidado bajo diversos aspectos; pero si no las aceptamos por fe como provenientes de Dios, lo máximo que podemos sacar de ellas es una filosofía cristiana. Así, no podemos guardar “la fe” (1 Timoteo 1:19) sin que estos dos aspectos se hallen unidos.

El abandono de la fe

Respecto a este asunto las dos epístolas contienen diversas expresiones, y cada una tiene su sentido particular y sus motivos concretos.

En 1 Timoteo 1:6 algunos se desviaron de la fe y se volvieron a una vana palabrería, bajo pretexto de ser doctores de la ley, mezcla del judaísmo y del cristianismo que lleva a apartarse de la simplicidad en cuanto a Cristo.

En 1 Timoteo 1:19 algunos “nafragaron en cuanto a la fe” porque desecharon una buena conciencia. La fe viva está ligada a la conducta y al caminar del creyente. Las tres cosas subrayadas por el apóstol:

“ El amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida (1 Timoteo 1:5),

están íntimamente ligadas. Si las faltas no juzgadas se acumulan, la conciencia se embota; la nave que partió bien sobre el mar de la vida puede naufragar. El desastre aquí no tiene por origen los motivos ni los razonamientos, sino las motivaciones, los sentimientos, las faltas que dificultan y destruyen la comunión con Dios.

En 1 Timoteo 4:1 “algunos apostatarán de la fe”. Esto es consecuencia directa de una influencia satánica –espíritus engañadores, enseñanzas de demonios– que desemboca en mandamientos, ritos, abstenciones, dando una fachada respetable pero muy alejada de la sincera fe en el Señor Jesús. En nuestros días la influencia de las religiones orientales, del espiritismo o de un cristianismo degenerado, desemboca en las observancias y las abstenciones más o menos ascéticas, cauteriza la conciencia y aparta de la verdadera fe cristiana (véase Colosenses 2:20-23).

1 Timoteo 5:8 pone ante nosotros una expresión inesperada en ese contexto: negar la fe. ¿Por qué causa? ¿Por no tener cuidado de su familia, en particular de sus padres! El testimonio cristiano es cuestionado, puesto que la fe es llamada a rendirlo mostrando primeramente su piedad hacia su propia casa, dando a nuestros padres los cuidados que nosotros hemos recibido. ¿Qué contraste con las teorías actuales tan nefastas, las cuales afirman que los hijos, no habiendo pedido nacer, no tienen ninguna obligación hacia sus padres! Esta enseñanza es totalmente opuesta a la Palabra de Aquel que, en su gracia, desea confiar hijos a padres creyentes, a fin de que los críen para el Señor (y no simplemente «dejándolos crecer»), guiándolos en el camino de la fe. Los hijos son, a su vez, llamados a ser agradecidos con sus padres, muy especialmente cuando la viudez, las enfermedades o la vejez los han hecho más dependientes de los cuidados que pudieran recibir. “Honra a tu padre y a tu madre... para que te vaya bien” (Efesios 6:2-3). Es claramente según Dios que, para casarse, el hombre dejará “a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer”. Se forma una nueva familia, en la cual el marido tiene especialmente la responsabilidad de sustentar y amar. Pero esto ciertamente no impide el afecto y el agradecimiento hacia aquellos que tuvieron cuidado de nosotros en nuestra infancia.

En 1 Timoteo 6:10 algunos “se extraviaron de la fe”. El amor al dinero, la voluntad tenaz de adquirir bienes materiales, la influencia de una prosperidad que marca nuestro tiempo y ciertas regiones, pueden conducir a toda clase de males y dolores. Estas son las espinas de la parábola del sembrador. “Los afanes de este siglo, y el engaño de las riquezas, y las codicias de otras cosas,

entran y ahogan la Palabra, y se hace infructuosa” (Marcos 4:19). Esto no significa que debamos ser perezosos o esforzarnos menos en cuanto a nuestro trabajo. En el libro de los Proverbios la diligencia es particularmente recomendada; Dios puede permitir que haya un resultado material más o menos abundante, por lo cual es necesaria la exhortación a no poner “la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos”; y sobre todo a hacer el bien, a ser “ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo porvenir” (v. 17-19). Todo el poder y la gracia de Dios son necesarios para guiarnos en este ámbito (Marcos 10:23-27).

En 1 Timoteo 6:21 algunos “se desviaron de la fe”, profesando la “falsamente llamada ciencia”. ¿Qué podemos entender por este término? Aparentemente lo que Colosenses 2:18 expresa por “entremetiéndose en lo que no ha visto”. Esto fue, más tarde, la «gnosis» que ya estaba germinando en las especulaciones ociosas sobre los ángeles, su origen, sobre el más allá, y en breve sobre todo aquello que Dios no juzgó bueno revelarnos. Apliquémonos a entrar en los pensamientos de Dios tal como nos son presentados en su Palabra, en toda su Palabra; pero no busquemos, con el pretexto de conocimiento, «destapar» lo que él no ha juzgado bueno revelarnos o especificarnos. Notemos, de paso, que nuestro versículo no tiene en vista el conocimiento científico. La revelación divina por una parte, y por la otra lo que la inteligencia humana, tal como Dios la dio, descubre en relación a los fenómenos naturales, son dos ámbitos paralelos que no se deben poner en oposición ni en contradicción. Si nuestros conocimientos actuales sobre lo creado van más allá de los de nuestros antepasados, son sin duda todavía muy débiles frente a todo lo que existe, que la ciencia explora poco a poco, y utiliza con diversos objetivos, ¡los cuales no siempre son favorables! Debemos velar por no hacer decir a la Biblia lo que ella no dice. Ella no es ni un libro de historia, ni una obra de ciencia, sino la revelación de Dios centrada en Jesucristo.

En 2 Timoteo 2:18 tenemos un estado de cosas particularmente grave. Los que se apartaron de la verdad, “trastornan la fe de algunos”. Comienzan con discursos vanos y profanos, ponen en duda algunas verdades, aquí la confusión de la resurrección del alma y la del cuerpo; luego, yendo más lejos en sus enseñanzas, “su palabra carcomerá como gangrena”. Uno absorbe poco a poco ideas nuevas; empieza a dudar sobre diversas verdades recibidas... esto va minando por dentro y de repente, el edificio de la fe se desploma: “trastornan la fe”. ¿Qué hacer en tal caso? El apóstol es muy categórico: Evita... apártese... límpiese, huye...

Evita las profanas y vanas palabrerías... el siervo del Señor no debe ser contencioso.



2 Timoteo 3:8 pone ante nosotros la expresión que señala los difíciles tiempos de los últimos días: “Réprobos en cuanto a la fe”. Toda doctrina, toda influencia, toda realidad cristiana han sido abandonadas; puede subsistir una fórmula de piedad, pero sin poder. Se busca el propio placer a expensas de los demás; se quiere gozar de la vida en el presente; el afecto natural desaparece, poco importan los padres; se busca la voluptuosidad, y si sus fuentes habituales y corrompidas ya no son suficientes, se agregan las artificiales. Todo lo que es cristiano se echa completamente por la borda: “Su insensatez será manifiesta”.

¿Cómo guardar la fe?

El apóstol se dirige a Timoteo como a su “verdadero hijo en la fe” (1 Timoteo 1:2). Había nacido de nuevo; poseía esa “fe no fingida”, base de todo, que el apóstol había notado rápidamente (2 Timoteo 1:5).

Un joven que por la fe se ha convertido en un hijo de Dios necesita estar “nutrido” con las palabras de la fe y de la buena doctrina (1 Timoteo 4:6). No se puede ser “buen siervo de Jesucristo” sin haber asimilado desde la juventud y a lo largo de la carrera este alimento indispensable. También, dice el apóstol:

“**Ocúpate en estas cosas; permanece en ellas, para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos (v. 15).**”

Y en la segunda epístola agrega: “Considera lo que digo, y el Señor te dé entendimiento en todo” (cap. 2:7). Es necesario un esfuerzo y una energía perseverante para considerar los escritos inspirados de los apóstoles, o como dicen los Proverbios, para “adquirir sabiduría”. Pero este esfuerzo sería vano si el Señor no diese el entendimiento. Salomón lo expresa en estos términos: “El Señor da la sabiduría” (Proverbios 2:6). Por un lado hay que adquirirla, y por el otro, recibirla. Lo uno no va sin lo otro. El Señor da; esta no es ninguna excusa para no adquirir; pero adquirir sin él desembocará en un conocimiento estéril. Debemos adquirir, pero también permanecer en las cosas que hemos aprendido y de las cuales hemos estado plenamente convencidos (2 Timoteo 3:14). No hay que abandonarlas, sino profundizar en ellas, recordando que “toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia”. Nuestros predecesores serán llevados progresivamente con el Señor; y si él no viene antes, una nueva generación tendrá la responsabilidad de transmitir a otros los tesoros recibidos. ¿Cómo lo harán si no han sido nutridos ni han permanecido en las cosas que la Escritura les ha revelado? Por último, Pablo exhorta a Timoteo a seguir la fe (1 Timoteo 6:11). Pedro lo resalta exhortando a

los creyentes a añadir a su fe la virtud, a la virtud, el conocimiento... (2 Pedro 1:5). El seguir implica energía, perseverancia y un profundo deseo. “Echa mano de la vida eterna”, dice el apóstol; no dejes escapar lo que has recibido; crece en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Guardar

1 Timoteo 1:19 hace énfasis sobre guardar la fe y una buena conciencia. En el capítulo 6:13-14 el apóstol dice: “Te mando... que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo”. Con toda la seriedad de la autoridad apostólica, Pablo da una orden. La revelación divina que nos es confiada es, bajo este aspecto, un “mandamiento”. Por encima de todo es importante guardarlo estrictamente, incluso si no lo comprendemos enteramente, si no asimos ni explicamos todo. Si la Escritura no siempre nos es clara (subjetivamente), no debemos dudar de ella, sino esperar que Dios nos haga asir y comprender sus pensamientos. Está claro que la Palabra nos aporta gozo y consolación (Romanos 15:4), pero también está revestida de toda la autoridad del Señor y requiere toda nuestra obediencia.

En la segunda epístola a Timoteo el apóstol subraya la importancia de guardar “el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros” (cap. 1:14). Acababa de recomendar a Timoteo que tuviese un modelo de las sanas palabras que había oído de él. Ese modelo ha tomado para nosotros la forma inspirada de las epístolas del apóstol, quien ha “completado la Palabra de Dios”. Estas enseñanzas apostólicas deben transmitirse a las nuevas generaciones con cuidado y fielmente para que, cuando los que han enseñado partan con el Señor, otros puedan tomar su lugar e instruir a su vez a los jóvenes que vienen después de ellos (cap. 2:2). La memoria e incluso la inteligencia no son suficientes; el Espíritu Santo que habita en nosotros es el único que puede concedernos el guardar y transmitir ese buen depósito de una manera viva y eficaz.

El apóstol concluye su primera epístola con esta insistente exhortación:

Oh Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado (cap. 6:20).

“

A través de las edades, la misma voz se dirige hoy a nosotros, con la conciencia de que lo que nos ha sido confiado es el conjunto de la revelación divina. Viendo que el tiempo de su partida estaba cerca, el apóstol pudo decir: “He guardado la fe”. ¡Qué testimonio cuando al final de su carrera

un apóstol, o tal vez un simple creyente, no se ha quedado en el camino, no se ha dejado desviar ni arrastrar, no ha naufragado ni abandonado las realidades espirituales, sino que simplemente, en la comunión con el Señor, ha “guardado la fe”!

Timoteo se iba a quedar solo, sin el apoyo que durante dieciséis años lo había acompañado en ese camino de la fe, en el cual había encontrado muchos sufrimientos y motivos de desánimo. ¿Qué acontecería con él? ¿Cuál sería su recurso en el torbellino de pensamientos que las circunstancias y el enemigo no dejarían de suscitar en su ser? El apóstol deseaba para Timoteo que ese mismo Amigo conocido desde hacía mucho tiempo, el Señor Jesucristo, estuviese “con su espíritu” (2 Timoteo 4:22). Jesucristo era Aquel que se había revelado al apóstol en el camino a Damasco, quien después de la visión en el templo lo envió lejos hacia las naciones, quien en la prisión de Jerusalén se mantuvo cerca de él para animarlo, ese fiel Señor que había estado tan cerca y lo había fortalecido en su último proceso, y que lo libraba de toda mala obra.

¡Qué deseo supremo tenía el apóstol! Eran las últimas palabras de un hombre para quien el vivir era Cristo.

La conducta

La conducta de un cristiano no depende de las prescripciones exteriores que deba observar, sino de una vida interior que manifieste una manera de vivir según Dios. Es la enseñanza de Romanos 12:2: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento”. Aquí el apóstol no dice: No os conforméis a este siglo y no vayáis al circo o a tal fiesta pagana, no llevéis tal ropa..., sino “transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento”. El entendimiento es el ser interior, la fuente de los pensamientos. Su transformación se opera bajo la acción del Espíritu de Dios. En cierto sentido se efectúa una vez por todas por el nuevo nacimiento, pero también se “renueva de día en día” (2 Corintios 4:16), y se traduce por una manera de ser exterior, en palabras y en conducta según Dios.

La piedad

“Ejercítate para la piedad”, dice el apóstol a Timoteo (1 Timoteo 4:7). Antes de estar atento a las enseñanzas, “ten cuidado de ti mismo” (v. 16).

La piedad se muestra en las relaciones de temor y de confianza con Dios. El temor evita desagradarle, y más bien trata de agradarle, “comprobando lo que es agradable al Señor” (Efesios 5:10). La confianza descansa en un Dios lleno de gracia y atención por los suyos, quien tiene el poder de guardarnos sin tropiezo. Ella exige un ejercicio continuo. El ejercicio corporal es útil en su momento. En comparación con la piedad, para poco es provechoso, pues la piedad tiene promesa para la vida presente y la por venir (1 Timoteo 4:8). Preciosa comunión con el Señor cada día de nuestra vida, en el marco de una vida fiel, permaneciendo cerca de él; comunión bienaventurada en la eternidad, cerca de Aquel que es fiel a sus promesas durante el tiempo de nuestra estancia en esta tierra.

¿La piedad conducirá a una vida y a una actitud fingida y triste? Bien al contrario:

“ Gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento (cap. 6:6).

Para estar contento es necesario estar satisfecho; el apóstol estima que podemos estarlo “teniendo sustento y abrigo”. ¡Y de cuántos beneficios suplementarios nos colma el Señor! Sepamos recibirlos de su mano con agradecimiento y contentamiento, sin desear siempre otra cosa, o algo

mejor (mejor según nuestro punto de vista). La piedad acompañada de contentamiento no conducirá a reclamar, a discutir, sino al contrario, a apreciar. El gozo y la paz que el Señor da al corazón se reflejarán en la vida de piedad, sin quitar la seriedad que conlleva el caminar con Cristo.

Esta vida de piedad se nos escapa fácilmente, por eso el apóstol también exhorta a seguir “la piedad” (v. 11). En 2 Pedro 1:5 la piedad se añade a la lista de cosas a las cuales conviene poner toda la diligencia: la fe, la virtud, el conocimiento, la templanza, la paciencia. Además es necesario agregar el “afecto fraternal”. En efecto, la piedad no nos aísla de los hermanos en Cristo. Al contrario, nos acerca a los que lo aman y desean glorificarle mediante su andar.

Huye y sigue

En 1 Timoteo 6:11 encontramos la exhortación: “Huye de estas cosas”. ¿De qué cosas se trata? En ese contexto son las cuestiones y contiendas de palabras, las vanas discusiones, el peligro de hacer de la piedad una fuente de ganancias y, sobre todo, el amor al dinero, raíz de toda clase de males.

Luego viene el correlativo:

“**Sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre (cap. 6:11b).**”

La justicia práctica en nuestra manera de comportarnos con los demás; la piedad en nuestras relaciones con Dios; la fe y el amor en contraste con la pasión desenfrenada por las cosas materiales; la paciencia y la mansedumbre que hacen que se eviten las vanas disputas, las querellas, las malas sospechas.

Un poco más adelante el apóstol insiste una vez más para que Timoteo evite “las profanas prácticas sobre cosas vanas, y los argumentos de la falsamente llamada ciencia” (v. 20). También lo repite en su segunda carta (cap. 2:16). Exhortación que debemos retener a fin de no discutir con los que aportan enseñanzas erróneas, divergentes de la Palabra de Dios: Testigos de Jehová que deforman la divinidad de Cristo; mormones que agregan su libro a la Biblia; ciencia cristiana que de cristiana solo tiene el nombre, y tantas otras filosofías de origen pagano que se infiltran rápidamente en nuestros países. Debemos aprovechar más bien las ocasiones en que verdaderamente podamos ser una ayuda, aportar a Cristo, lo que construye, edifica. El hijo de Dios está llamado a evitar delicadamente las disputas intelectuales, “las cuestiones necias e insensatas”, las “contiendas”.

En 2 Timoteo 2:22 el apóstol retoma el pensamiento de huir:

“ Huye también de las pasiones juveniles,
y de seguir: Sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor.

Esas pasiones juveniles son, en 1 Juan 2:15-16, los deseos de los ojos, la codicia de la carne, la vanagloria de la vida y el amor al mundo. Los deseos de los ojos buscan todo lo que los haga destacar, la vanidad de brillar en todos los ámbitos. Debido a las pasiones de la carne, la maravillosa facultad que Dios ha dado al hombre de poder transmitir voluntariamente la vida es desviada de su cuadro, por una satisfacción corrompida. El orgullo o la vanagloria de la vida mueve continuamente al hombre a enaltecerse, tanto en el ámbito espiritual como en el material. El amor al mundo es inconciliable con el amor del Padre.

En otro sentido, según el contexto, las pasiones juveniles podrían ser lo que caracteriza fácilmente a la juventud: el amor a las disputas, a las novedades, los impulsos irreflexivos que nacen de la impaciencia por ser valorado (2 Timoteo 2:16-17, 23).

La justicia que se nos ordena seguir aquí está en contraste con la injusticia o iniquidad del versículo 19, es decir, lo que no es justo a los ojos de Dios, lo que es contrario a su pensamiento revelado. La fe, el amor y la paz son el resultado evidente, a fin de poder andar “con los que de corazón limpio invocan al Señor”. El cristiano que se aparta del mal no está llamado a vivir solo. Consciente de estar unido a los redimidos del Señor mediante el Espíritu Santo, tendrá el gozo de reunirse alrededor de Cristo, reconocido como Señor, esforzándose, con los que le invocan de corazón puro, a conformarse humildemente a su Palabra.

Aún quedan dos exhortaciones que recordar en tal camino: “persiste” (1 Timoteo 4:16). Es muy fácil desanimarse en el camino después de haber comenzado bien. Y “sé sobrio” (2 Timoteo 4:5), sobriedad que no se relaciona solamente con el alimento o la bebida, sino también con el control de sí mismo en todos los ámbitos, con el equilibrio que el cristiano es llamado a buscar en la dependencia del Señor.

Ser un ejemplo

Timoteo, llamado a enseñar, a poner en orden muchas cosas en la gran asamblea de Efeso, debía ante todo ser

“ Ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza (1 Timoteo 4:12).

El apóstol había dado el ejemplo: “Nos recomendamos en todo como ministros de Dios... en pureza, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero, en palabra de verdad, en poder de Dios, con armas de justicia a diestra y a siniestra” (2 Corintios 6:4-7). Timoteo es exhortado a ser un ejemplo primeramente en “palabra”. Las expresiones desconsideradas o ligeras, las palabras fuertes o fuera de lugar, pueden muy fácilmente mancillar el ministerio de un siervo de Dios. El velar sobre la conducta, unido al amor, a la fe y a la pureza, darán una autoridad moral sin la cual la mejor de las enseñanzas perdería su valor.

Sin embargo Timoteo era joven: “Ninguno tenga en poco tu juventud”. Joven en relación a la tarea tan importante que le había sido confiada. Pablo había pasado por Listra en su segundo viaje hacia los años 49-50. Escribió su epístola alrededor de los años 63-64. Si Timoteo tenía entre veinte y veinticinco años de edad cuando fue llamado, tendría, pues, alrededor de cuarenta cuando recibió la carta del apóstol, de ahí la importancia de comportarse de una manera que lo recomendará ante aquellos a quienes enseñaba: “Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina” (v. 16). Le era necesario adquirir mediante su conducta la madurez que los años aún no le habían dado.

Cristo es el Modelo supremo (1 Pedro 2:21; Juan 13:15). Pero los que siguen sus pisadas, Pablo en Filipos, y “los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros” (Filipenses 3:17), ejercen una influencia innegable alrededor de ellos para el Señor. Los ancianos en 1 Pedro 5:3 son llamados no a ejercer dominio, sino a ser ejemplos de la grey.

¡Con qué agradecimiento podemos recordar a tales conductores, quienes nos han ayudado desde el principio y a lo largo del caminar de la vida cristiana. Su ejemplo, su ascendiente moral, su piedad, su gozo en el Señor, han sido de tanto peso como las exhortaciones que ellos fueron llamados a dar.

Los recursos

Mientras tantos motivos de desánimo lo rodeaban, el apóstol indicó especialmente a Timoteo, tres recursos siempre actuales:

“Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado” (2 Timoteo 2:15). Consciente de su relativa juventud, Timoteo hubiera podido buscar apoyo en la aprobación de los hermanos. Sin duda es bueno, cuando somos conducidos por el Señor, tener en cuenta los consejos de las personas más experimentadas en el camino de la fe. Pero ante todas las cosas, aquel que quiere servir a Cristo es llamado a procurar con diligencia presentarse a Dios “aprobado”. Esto tal vez exigirá un largo ejercicio de oración y reflexión en la presencia del Señor. Por un lado, en cuanto al servicio, como dijo un hermano: «Desde que Dios nos hace conocer su voluntad, no debemos permitir que cualquier otra influencia posterior la cuestione, aunque esta última puede tomar la forma de la palabra de Dios. Si nosotros estuviéramos moralmente más cerca del Señor, sentiríamos que el único camino justo y verdadero es seguir la dirección que él nos ha indicado en primer lugar».

“Esfuézate en la gracia” (cap. 2:1). Dios obra hacia nosotros como el Dios de toda gracia. Esta gracia es “en Cristo Jesús”, buscando su comunión. Creciendo “en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” seremos fortalecidos (2 Pedro 3:18).

Por último, **“acuérdate de Jesucristo... resucitado”** (2 Timoteo 2:8). Sin duda recordamos con agradecimiento y adoración a un Salvador muerto por nosotros. “El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él” (Juan 6:56), ejercicio que tenemos ante nosotros constantemente. Mejor aún, ¡y qué inmenso privilegio! podemos contemplar a un Cristo vivo, nuestro sacerdote ante Dios, “según el poder de una vida indestructible”; “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:16, 25). Su resurrección es el sello divino puesto sobre su obra. Mediante ella el Señor Jesús “fue declarado Hijo de Dios con poder” (Romanos 1:4).

*Hacia Jesús alza la mirada,
Contempla su maravilloso rostro,
Y las cosas de la tierra
Palidecerán poco a poco,
Si hacia Jesús alzas la mirada.*

El ministerio

El tema del ministerio ocupa un amplio lugar en las dos epístolas a Timoteo. Podría parecer prematuro presentarlo a los jóvenes creyentes; sin embargo, si el Señor aún no viene y lleva consigo progresivamente a aquellos que hoy tienen la carga del ministerio, los jóvenes serán llamados a ejercerlo a su turno, poco a poco y en la medida en que Dios los conduzca.

Las exhortaciones dirigidas a Timoteo en este ámbito están impregnadas de la situación en la cual el apóstol y la iglesia se hallaban. El tiempo de la partida de Pablo había llegado; la decadencia se expandía en las asambleas. ¿Qué quedaba? ¡Por encima de todo, las Escrituras! Son la autoridad para todos. Estas legitiman lo que el siervo dice y conceden a sus palabras la autoridad de Dios sobre la conciencia de aquellos a quienes exhorta o enseña.

La enseñanza

Esta se ejerce esencialmente hacia los creyentes. El mensaje del Evangelio es dirigido a los incrédulos; pero la enseñanza doctrinal de la Palabra solo puede ser comprendida por aquellos que tienen el Espíritu de Dios. “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio el espiritual juzga todas las cosas” (1 Corintios 2:14-15). Es necesaria la acción del Espíritu, tanto para enseñar como para recibir lo que es presentado.

Timoteo debía estar atento a la “doctrina” (1 Timoteo 4:16). El apóstol lo invitó a enseñar estas cosas a los hermanos (v. 6), a ordenar y enseñar (v. 11). Tres acciones marcarían particularmente su ministerio: la lectura, la exhortación y la enseñanza.

La lectura (pública) tenía gran importancia en una época en que mucha gente no sabía leer. La simple lectura en alta voz de un texto apropiado de la Palabra puede ser de gran bendición y elevar el nivel de una reunión de oración e incluso de un culto.

La exhortación se refiere ante todo al profeta, que habla “para edificación, exhortación y consolación” (1 Corintios 14:3). Es la presentación habitual de la Palabra para edificar, nutrir y consolar, con la conciencia de las necesidades actuales que ella debe satisfacer.

Pero **la enseñanza de la doctrina** ocupa un lugar primordial. Ella da la base y la estructura. Los coatitas de otros tiempos tenían la responsabilidad de los objetos sagrados del tabernáculo: el ministerio que presenta ante todo la persona de Cristo. Los meraritas tenían la vigilancia de las tablas del tabernáculo, sus barras, sus columnas, sus basas y todos sus enseres, es decir, la es-

estructura misma de la casa de Dios. He aquí la enseñanza doctrinal, la cual evita que “seamos... llevados por doquiera de todo viento de doctrina” (Efesios 4:14). A los gersonitas les fueron confiadas las cubiertas del tabernáculo, las cortinas, toda la parte textil. Esto nos presenta figurativamente, ante todo, la posición y los privilegios de los creyentes en Cristo. Ministerio a la vez doctrinal y de edificación.

Para todo servicio, y especialmente para el ministerio de la Palabra, es esencial un “don de gracia” (no excepcional, ver 1 Pedro 4:10: “cada uno”). Timoteo lo poseía (1 Timoteo 4:14). Estos dones son conferidos por el Espíritu (1 Corintios 12:4), por el Señor (Efesios 4:11) y por Dios mismo (Romanos 12:3-8). Notemos, entre otros en este último pasaje, la diversidad de dones: el servicio, la enseñanza, la exhortación, la distribución, el que preside, el ejercicio de la misericordia. El empleo del don de gracia, incluso cuando “manda”, está unido al “amor nacido de un corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida” (1 Timoteo 1:5).

Timoteo no estaba entre aquellos a quienes la revelación de Dios había venido directamente, como a los hombres –apóstoles o no– a quienes Dios utilizó para escribir su Palabra (1 Corintios 2). Fue llamado a permanecer en “lo que has aprendido” y a transmitirlo a otros. Las verdades escuchadas de boca del apóstol fueron relatadas para nosotros en sus epístolas. Actualmente todo ministerio solo puede estar basado sobre las Escrituras mismas: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para instruir en justicia”. Ella ocupa un amplio lugar en toda la segunda epístola:

“ Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en la fe y amor que es en Cristo Jesús (2 Timoteo 1:13).

“Lo que has oído de mí... esto encarga a hombres fieles” (cap. 2:2). “Recuérdales esto... usa bien la palabra de verdad” (cap. 2:14-15). “Que prediques la palabra... con toda paciencia y doctrina” (cap. 4:2).

Solamente así Timoteo podría cumplir plenamente su servicio (cap. 4:5). Fue un ejemplo de Caleb, quien siguió fielmente a Dios a través de todos los años en el desierto, y perseveró a la hora de conquistar el país, en oposición a Arquipo, a quien fue necesario recordarle: “Mira que cumplas el ministerio que recibiste en el Señor” (Colosenses 4:17).

Otro aspecto esencial de la enseñanza es no contender, evitar las cuestiones necias, las profanas y vanas palabrerías, rechazar las fábulas y las observancias legalistas: “Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad” (2 Timoteo 2:24-25).

Es necesario evitar las contiendas, pero se debe presentar la verdad; los siervos de otro tiempo velaron por ello, particularmente en sus escritos, dejando de lado la controversia, para concentrarse en la verdadera doctrina, presentar la verdad y edificar a las almas.

Recordemos al hermano J.G. Bellett, uno de los primeros del siglo 19 en congregarse en el nombre del Señor. En su época fue entristecido por diversas enseñanzas que atentaban contra la dignidad de la persona del Señor Jesús, sin embargo no se lanzó en debates infructuosos, sino que escribió las dos obras que a través de las generaciones han reanimado tantos corazones: «La gloria moral del Señor Jesús» y «El Hijo de Dios».

El servicio pastoral

Como lo vemos en Ezequiel 34, el rebaño del Señor no está compuesto solamente por ovejas sanas y fuertes que asimilan rápidamente las enseñanzas de la Palabra. Muchas están enfermas, heridas o extraviadas. Los pastores son llamados a imitar el ejemplo del Pastor:

“ Yo buscaré la perdida, y haré volver al redil la descarriada, vendaré la perniquebrada, y fortaleceré la débil (Ezequiel 34:16).

Un hermano tal vez no tenga el don de enseñanza, ni siquiera el de presentar la Palabra públicamente para edificación o consolación, pero tendrá el de pastor, tan necesario en la congregación de los santos. Así el rebaño del Señor no será gobernado “con dureza y con violencia”, mas los cuidados necesarios serán dados a todos los débiles. El temperamento natural de un hombre puede ser o el de un cazador o el de un pastor; el cazador halla su satisfacción a expensas de su víctima; el pastor se entrega a sí mismo por su rebaño. Pero alabado sea Dios, pues por su Espíritu, puede hacer de un cazador un pastor.

Timoteo fue llamado también a ese servicio de pastor: “redarguye, reprende, exhorta”. Tenía tratos con diversas clases de personas: a los ancianos debía exhortar como a padres, a los jóvenes como a hermanos, a las ancianas como a madres, a las jovencitas como a hermanas (1 Timoteo

5:1-2). Debía tener un cuidado especial respecto a las viudas en los diversos problemas que ocasionaba su situación. Frente a los ancianos convenía que usara a la vez de estima, de firmeza y evitara toda parcialidad. En cuanto a los que deseaban comprometerse en el servicio para el Señor, no había que actuar precipitadamente, y debía considerar la posición particular de los esclavos para que diesen un buen testimonio.

Se requerían diversas maneras de obrar: reprender, pero no con rudeza; exhortar, honrar; no admitir acusación sin la presencia de dos o tres testigos; no tener preferencias; saber convencer y ordenar.

“Para estas cosas, ¿quién es suficiente?... Como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo... No que seamos competentes por nosotros mismos... sino que nuestra competencia proviene de Dios” (2 Corintios 2:16-3:5).

Las dificultades en el servicio

El desánimo

Timoteo era tímido por naturaleza. Su salud aparentemente no era muy buena, por ello sufría “frecuentes enfermedades” (1 Timoteo 5:23). La oposición exterior se acentuaba, la persecución se hacía dolorosa. La decadencia interior se afirmaba, los desórdenes se manifestaban; y sobre todo, el tiempo de la partida del apóstol había llegado. Había motivos para desanimarse.

Ya en la primera epístola el apóstol le había dicho: “No descuides el don que hay en ti” (cap. 4:14). A esto corresponde la exhortación de 1 Pedro 4:10: “Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios”. Cada uno es invitado a emplear a favor de los otros el don que ha recibido de la multiforme gracia de Dios, a no descuidarlo. ¡Cuánta bendición habría en las congregaciones si cada uno, hermano o hermana, tuviera en su corazón el deseo de responder al don que Dios le ha confiado!

En la segunda epístola vemos que Timoteo estaba más desanimado, pues el apóstol tuvo que exhortarlo: “Te aconsejo que avives el don de Dios que está en ti” (2 Timoteo 1:6). El fuego corría el riesgo de apagarse; la llama había disminuido, pero todavía podía ser reavivada, no por un sobresalto de energía, sino por la acción del Espíritu de Dios, este Espíritu “de poder, de amor y de dominio propio”. Para ello era necesario no avergonzarse del testimonio de nuestro Señor y tomar parte en los sufrimientos por el Evangelio.

El sufrimiento

Pablo no ocultaba a Timoteo, quien por demás los conocía bien, los sufrimientos que debe enfrentar un siervo del Señor.

Primeramente el oprobio (1 Timoteo 4:10). Timoteo fue exhortado a no avergonzarse del testimonio del Señor. El apóstol mismo decía:

“ No me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído
(2 Timoteo 1:12).

Sin embargo Pablo había sentido profundamente ese menosprecio, esas privaciones que padecen los siervos de Dios, como lo escribió a los corintios: “Somos abofeteados, y no tenemos morada fija. Nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos; nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y la soportamos. Nos difaman, y rogamos; hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el deshecho de todos” (1 Corintios 4:11-13).

Así comprendemos mejor la exhortación, varias veces repetida a su amado hijo Timoteo, a tomar parte en los sufrimientos por el Evangelio (2 Timoteo 1:8; 2:3; 4:5). Pablo no oculta que en el servicio del Señor –y Timoteo lo sabía muy bien– hay que tener en cuenta la oposición, la incompreensión, las privaciones; pero esto no es una razón para desanimarse. Al contrario, el apóstol compara al siervo del Señor con un soldado, un deportista y un labrador (2 Timoteo 2:4-6):

- el que va a la guerra no se enreda en los negocios de la vida
- el que combate en el estadio es llamado a hacerlo según las reglas
- el agricultor debe trabajar primeramente antes de disfrutar de los frutos.

Estos son un ejemplo de energía, de control de sí mismo, de trabajo paciente. Podemos correr y luchar sin obtener el premio (1 Corintios 9:24-27). Sin una disciplina personal podríamos ser reprobados (descalificados), mientras que hemos sido llamados a predicar a otros.

El apóstol subraya esta lucha, llamándola combate o “batalla de la fe”, en la cual Timoteo es llamado a participar (1 Timoteo 1:18; 6:12). El enemigo es poderoso, pero “mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo” (1 Juan 4:4). Pablo, habiendo llegado al fin de su carrera, pudo decir con agradecimiento:

“ He peleado la buena batalla
(2 Timoteo 4:7).

El apóstol había dado ejemplo de la perseverancia a través de los sufrimientos. ¡Cuántas persecuciones había soportado al principio de su ministerio itinerante (cap. 3:11)! Durante su vida en el ministerio, hasta el final, los sufrimientos continuaron, como da testimonio a los corintios, agregando en nuestra epístola: “Sufro penalidades, hasta prisiones a modo de malhechor” (cap. 2:9). El suplicio del martirio lo esperaba aún.

Pero los sufrimientos exteriores no eran los únicos. También se agregaba el abandono de sus compañeros, de sus hermanos, entre otros, de “todos los que están en Asia” (cap. 1:15), la maldad de un Alejandro (cap. 4:14), sin hablar de la soledad que pesaba sobre el espíritu del viejo prisionero.

Comprendemos la última exhortación a Timoteo: “Soporta las aflicciones” (cap. 4:5). No se trataba solo de un momento difícil, sino de una perseverancia continua a través de una larga prueba (ver Filipenses 2:22).

El Salmo 126 subraya las “lágrimas” que acompañan todas las siembras: “Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán. Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas” (v. 5-6). El Señor mismo dio ejemplo de ello. ¡Cuántas lágrimas en su camino, cuánta oposición e incomprensión cuando iba llevando “la preciosa semilla”! Por eso no debe sorprendernos que los que siembran, deban hacerlo “con lágrimas”. Habrá oposición interior y exterior, decepciones, y a veces soledad. Pero tras las lágrimas viene la siega con cánticos de gozo. Cánticos de gozo que los siervos fieles compartirán con el Señor mismo, quien volverá “trayendo sus gavillas”. Esto es dicho solo de él, pues no podrá ser aplicado a ninguno de sus redimidos: las gavillas son del Señor.

La corona

Para gozar de la gloria, primeramente Cristo tuvo que sufrir. “Si sufrimos, también reinaremos con él” (2 Timoteo 2:12). Pablo ya había dicho a los romanos: “Si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados” (Romanos 8:17). Se pasa por el sufrimiento en el servicio del Señor, pero también en las diversas circunstancias de la vida. El apóstol pudo decir: “Esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Corintios 4:17). El resultado de los sufrimientos es la gloria.

La recompensa del siervo fiel es presentada, en esas dos epístolas, bajo la forma de una corona. “Por lo demás me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, Juez justo, en aquel día”. Existen varias coronas: la corona de justicia para el siervo consagrado en el combate

de la fe; la corona de vida para el mártir “fiel hasta la muerte” (Apocalipsis 2:10); la corona de gloria para los ancianos que hayan tenido en su corazón apacentar la grey del Señor con agrado y humildad (1 Pedro 5:2-4).

Nuestra corona puede perderse si no combatimos según las reglas (2 Timoteo 2:5; 1 Corintios 9:27). “Retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona”, dice el Señor a Filadelfia (Apocalipsis 3:11).

Recordemos que para permanecer firmes es indispensable la disciplina personal de 1 Corintios 9:27.

El aprecio de Pablo por Timoteo

En las diversas epístolas, hallamos varias expresiones en las cuales Pablo manifiesta su aprecio y afecto por Timoteo.

Primeramente como compañero de obra. “Nuestro hermano, servidor de Dios y colaborador” (1 Tesalonicenses 3:2), expresión empleada nuevamente en Romanos 16:21, mientras que en 1 Corintios 16:10 Pablo precisa: “Él hace la obra del Señor así como yo”. ¡Qué privilegio haber sido compañero de Pablo! Bernabé, Marcos y Silas lo fueron por algún tiempo, pero ninguno tanto tiempo como Timoteo.

También comprendemos la apreciación que dio de él a los corintios: “Mi hijo amado y fiel en el Señor, el cual os recordará mi proceder en Cristo, de la manera que enseñé en todas partes y en todas las iglesias” (1 Corintios 4:17). A pesar de la timidez de Timoteo, Pablo podía contar con él para recordar con exactitud a los corintios la enseñanza que él les había dado. La misión en Corinto, como ya lo hemos dicho, era difícil y delicada debido a los desórdenes y divisiones que reinaban allí y el rechazo al ministerio del apóstol Pablo.

Más tarde, escribiendo a los filipenses, el apóstol pudo decir del joven Timoteo: “A ninguno tengo del mismo ánimo, y que tan sinceramente se interese por vosotros... Pero ya conocéis los méritos de él, que como hijo a padre ha servido conmigo en el evangelio” (Filipenses 2:20-22). La “preocupación por todas las iglesias” pesaba sobre el corazón de Pablo todos los días (2 Corintios 11:28). Timoteo participaba de este profundo interés. Puesto a prueba, había servido con Pablo en el evangelio, como un hijo sirve a su padre. Así el apóstol, hablando de él y de Epafrodito, escribe: “A los tales tenedlos en honra” (Filipenses 2:29, V. M.).

Cuando Timoteo se asocia a Pablo en la suscripción de las epístolas, simplemente es llamado “el hermano Timoteo” (2 Corintios 1:1; Colosenses 1:1, etc.). Es la humildad de un joven que conserva el lugar que le conviene.

En esas dos epístolas, el apóstol deja fluir todo su afecto hacia su “verdadero hijo en la fe” (1 Timoteo 1:2, 18; 2 Timoteo 1:2; 2:1). Él es un “buen ministro de Jesucristo, nutrido” (1 Timoteo 4:6), un “buen soldado de Jesucristo” (2 Timoteo 2:3), un “hombre de Dios” (1 Timoteo 6:11), alguien que obra de parte de Dios y para Dios.

Por eso Pablo pudo decirle: “Tú has seguido mi doctrina”; podía exhortarlo a estar plenamente convencido, y a cumplir plenamente su servicio. El “pero tú”, cuatro veces repetido (1 Timoteo 6:11; 2 Timoteo 3:10, 14; 4:5), subraya la fidelidad de Timoteo en contraste con todo lo que lo rodeaba, fidelidad con la cual el apóstol contaba totalmente.

“Porque yo”, agrega él, “ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano” (2 Timoteo 4:6). Vas a quedar solo, sabes lo que te espera, pero el que ha estado conmigo a lo largo del camino, el Señor Jesucristo, “esté con tu espíritu” (cap. 4:22).

Apéndice

La Palabra no nos narra el fin de los apóstoles, a excepción de la muerte de Santiago, y por razones particulares, el martirio de Esteban.

Sin embargo, es interesante leer lo que se ha podido reconstituir, reuniendo los detalles que la historia y la tradición pueden proveernos:

«Nerón condenó a Pablo a muerte. Normalmente, bajo el Imperio, había un plazo de diez días entre la condena y la ejecución de un ciudadano romano; pero sabemos que el tribunal imperial no estaba ligado a ninguna costumbre ni a ninguna regla de procedimiento, y la sentencia pudo ser ejecutada al instante. El mismo emperador determinó el día y el lugar del suplicio. Ignoramos por qué el apóstol fue conducido hasta Aquae Salviae, como lo atestigua la tradición a partir de Tertuliano, a tres millas de Roma, cerca de la vía de Ostia. En esa época la forma normal de la pena de muerte era la decapitación, pero ya no con hacha, sino con espada. La operación fue dirigida por un oficial, y la ejecución hecha por el «especulador», un subalterno que ya aparecía en la época republicana para esos suplicios, y que se vuelve a encontrar en los ejércitos imperiales, sea entre la guardia o entre las legiones. El apóstol, cuando llegó al lugar del martirio, se mantuvo de pie frente al oriente; oró largo rato, hablando en hebreo con el Dios de sus padres, y luego, sin decir nada más, extendió el cuello. La gran voz que había anunciado la salvación por la fe en Cristo al mundo pagano se había muerto; pero leyendo sus epístolas, cada cristiano escucha aún su voz y se beneficia de su eficacia».

Cronología aproximativa

Años	Sucesos
Entre el 5 y el 10	Nacimiento de Saulo, llamado Pablo (probablemente su nombre romano)
36	Asesinato de Esteban

Años	Sucesos
36-39	Conversión de Saulo Estancia en Damasco y Arabia
Hacia el 43	Bernabé va a buscar a Saulo a Tarso
45-49	Primer viaje
49	Encuentro con los apóstoles en Jerusalén
45-52 o 53	Segundo viaje, llamamiento de Timoteo
51-52	Epístolas a los Tesalonicenses
53-58	Tercer viaje
Entre el 54 y el 56	Epístola a los Gálatas
Principios del 55	Primera epístola a los Corintios
57	Segunda epístola a los Corintios
58	Epístola a los Romanos
58-60	Regreso a Jerusalén, arresto, cautividad en Cesarea
Otoño del 60 a primavera del 61	Viaje a Roma
61-63	Cautividad en Roma; epístolas a los Colosenses, los Efesios, los Filipenses, y a Filemón
63-66	Liberación y diversos viajes; primera epístola a Timoteo, epístola a Tito
En el 66	Nuevo arresto y traslado a Roma
Otoño del 66	Segunda epístola a Timoteo

Años	Sucesos
Principios del 67	Decapitación de Pablo

¡EN POS DEL MAESTRO!

1. *¡En pos del Maestro, no importa sufrir!
Aunque haya enemigos, tropiezos sin fin;
Si estrecha es la ruta ¡no retroceder!
Siguiendo al Maestro podremos vencer.*

Coro

*Prosigamos decididos,
Escudados por la fe,
A las órdenes del Cristo
Que nos guía con su santa ley.*

2. *¡En pos del Maestro, por todo lugar!
Lo mismo en peligros que en la adversidad;
Si oscura es la senda, ¡tengamos valor!
Su rostro glorioso nos da resplandor.*

3. *¡En pos del Maestro, sin vacilación!
Su voz acatemos con resolución;
Estemos alerta en contra del mal
Y grandes victorias Jesús nos dará.*

Himnos y Cánticos Nº 170